

BLUE JEANS

algo tan

sencillo

como

estar

continúa



BLUE JEANS
algos. tam
simult
v como v
estar
conting



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco de Paula Fernández, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Ilustraciones: © Gonzalo Muíño

Primera edición: 2017

Depósito legal: B. 0.000-2017

ISBN: 978-84-00-00000-0

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación:

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Residencia Benjamin Franklin

1159

Óscar
Mayoral
Benedicto

1157

Iria
Chacón
Espejo

1158

Julen
Miramón
Aguinaga

1155

Silvia
Urbiola
Ceballos

1156

Manuel
González
Miranda

1153

Ainhoa
Cabrera
García

1154

Toni
Martos
Arias

1151

Elena
Guillermo
Casanova

1152

David
del Pozo
Díaz

Pasillo 1B

CAPÍTULO 1

Se quita la gorra un instante y se peina con un cepillo, alisando su larga cabellera rubia. Se mira en el espejo del baño y vuelve a cubrirse la cabeza. Le gusta hacerlo desde pequeña, cuando su padre la llevaba a jugar al fútbol, para protegerse del intenso sol extremeño. Era portera y no lo hacía nada mal. Se lanzaba valiente a por la pelota y no les tenía miedo a los chicos con los que competía. Al contrario. Cuanto más fuerte era el rival, más se motivaba. Los que ya la conocían no se dejaban engañar por la dulzura que transmitían sus preciosos ojos azules, ni por su aspecto de niña buena. Silvia Urbiola era una auténtica guerrera dentro del campo y había que sudar tinta china para marcarle un gol. Aunque desde aquello han pasado algunos años. Ya ha cumplido los dieciocho y hace tiempo que no se pone bajo los palos de una portería. Y no lo puede negar: lo echa de menos.

Sale de la 1155 y se dirige hacia el comedor, con el móvil y el tique del desayuno en las manos. Es sábado, muy temprano, pero a ella no le gusta quedarse en la cama hasta tarde. En cuanto se despierta, se ducha y

comienza a funcionar. Sin excusas, sin parafernalias. Aunque sea fin de semana. Lo hacía así mientras vivía con sus padres en Cáceres y en el apartamento que compartió en sus primeros meses como universitaria. También ahora en la residencia Benjamin Franklin.

Fue una suerte no haberse dado de baja en la lista de reservas para obtener alguna plaza que quedara libre. Si lo hubiera hecho, no habría dispuesto de la oportunidad de ocupar aquella habitación en el pasillo 1B. Y habría tenido que aguantar a sus dos compañeras de piso hasta el final de curso. A pesar de que apenas ha cruzado alguna palabra con otros residentes en los cinco días que lleva allí, prefiere el anonimato al infierno que ha sufrido en las últimas semanas. Sin embargo, no estaría mal conocer a alguien con quien al menos charlar de vez en cuando. Para ello, tendrá que salir más de su cuarto, donde se pasa la mayor parte del día.

El comedor está completamente vacío. Lógico. Es demasiado pronto para la mayoría. De hecho, acaban de abrir las puertas del desayuno.

Se sirve en un tazón cereales de miel y leche semi-desnatada con una cucharada de azúcar, y se sienta en una de las mesas para cuatro de la zona izquierda de la sala. Mientras come, repasa en su móvil las redes sociales. Tiene un mensaje privado en Facebook. Es de él.

«Seguro que todavía estás durmiendo, aunque faltará poco para que te despiertes. Son las tres de la madrugada en Buenos Aires. Malditas cuatro horas de diferencia. Pero la distancia terminará pronto entre los dos. Cuento ansioso los días que restan para que nos veamos. Dentro de poco podré besar esos labios que tanto tiempo llevo deseando probar. Mayo será el mejor mes

de mi vida. No te olvides de lo mucho que te quiero. No puedo dejar de pensar en vos. Luego hablamos. Me marcho a dormir. Buenos días, muñeca de ojos azules».

Silvia lee un par de veces más el texto que ha recibido hace aproximadamente una hora y cuarto. Se ajusta la gorra y suspira. Exactamente quedan treinta días. Ella también lleva la cuenta. El 11 de mayo, Gabriel volará desde Argentina a España y coincidirán en persona por primera vez.

—Perdona, ¿puedo sentarme?

La joven levanta la mirada y ve a un chico con el que se ha cruzado en dos o tres ocasiones. Estaba tan ensimismada con el mensaje de Facebook que no se ha dado cuenta de que ha entrado en el comedor.

—Sí, claro —responde ella algo confusa.

—Te he visto varias veces por la residencia. Creo que ya va siendo hora de que nos presentemos —indica el joven, soltando la bandeja sobre la mesa—. Me llamo David, mi habitación es la 1152. Somos vecinos de pasillo.

—Yo soy Silvia. Encantada.

Ninguno de los dos se levanta para darle dos besos al otro. Simplemente se sonríen. La joven se guarda el móvil en el bolsillo de la sudadera y continúa con su desayuno. De reojo, observa a su compañero de mesa. Sin duda, es uno de los tíos más guapos que ha visto en su vida. ¿Y esa forma de presentarse? Le ha recordado al comienzo de *¿Conoces a Joe Black?*, en el que Brad Pitt y Claire Forlani se conocen en una cafetería. Le llama la atención el tatuaje que adorna su cuello: un ave fénix imponente.

—¿Qué tal los primeros días en la residencia? —pregunta David, que unta mantequilla en una tostada de pan de molde—. ¿Te has adaptado bien?

—Sí. Más o menos. Aunque todavía no me ha dado tiempo de conocer a nadie.

—Normal. Llevas muy poco con nosotros.

—¿Aquí sois todos amigos o cada uno va por su lado?

—Hay de todo. Los del pasillo en el que tú y yo estamos nos llevamos bastante bien.

Durante un buen rato, el chico se recrea y le describe a los componentes del 1B. Se anima a revelar alguna peculiaridad de cada uno. Le habla de Toni, el valenciano rapado, y de su vicio por la consola; y también de Iria, la pequeña gallega de enérgico carácter y su inseparable Julien, el navarro al que le tiene cariño todo el mundo. Menciona después a Óscar y su guitarra y a Ainhoa, que acaba de volver a Madrid después de un tiempo en Las Palmas, aunque prefiere no revelar los motivos de la ausencia de la canaria. Cuando nombra a Elena, no le cuenta cómo están las cosas entre ellos ahora mismo, ni que salió durante unos meses con Marta, su hermana pequeña.

—Es la perfeccionista del grupo —indica en alusión a la toledana—. Pero se ha ido relajando con el paso de las semanas. Seguro que os llevaréis bien.

Eso espera. Después de la mala experiencia del piso compartido, no quiere más enemigos. Han sido unos meses muy duros. Cuando salió de Cáceres nunca imaginó que el azar le buscaría dos compañeras tan complicadas. Enseguida le pusieron una cruz por ser distinta a ellas: no fumaba marihuana, no salía de noche e intentaba no saltarse clases. Para colmo descubrieron lo del argentino y desde entonces todo fue a peor.

—La habitación en la que tú estás antes la ocupaba Nicole —prosigue David—, una chica peruana que ha regresado a Valencia, donde viven su madre y sus hermanos.

—¿Por qué volvió? ¿No consiguió adaptarse?

—No, no fue por ese motivo. Antes de Navidad sufrió un ataque racista en la cafetería donde trabajaba en Callao. Se marchó a Valencia a recuperarse y su madre no la ha dejado volver.

—Pero ¿está bien?

—Sí, físicamente se ha recuperado por completo de los golpes que le dieron. Y mentalmente es muy fuerte. Ella quiere regresar a Madrid, pero su familia tiene miedo de que se repita lo sucedido y no se lo permite. La echamos de menos porque es una chica encantadora. Siempre tiene la sonrisa en la boca. Era la que aportaba la energía positiva en el pasillo. La queremos mucho.

—Vaya, lo siento. No sé si será muy agradable para vosotros ver que otra está ahora en su habitación.

—No te preocupes. Tú no tienes la culpa de nada. Nos encantará que formes parte del grupo.

David le sonrío de manera tranquilizadora para que no se sienta mal. Silvia agacha la cabeza y llena la cuchara de cereales. Cuando vuelve a mirarle, este continúa sonriendo. Un cosquilleo sacude su estómago. Se sonroja e intenta refugiarse bajo la visera de su gorra. Se ha puesto nerviosa sin venir a cuento.

—Aún no me has dicho de dónde eres —recupera la conversación el joven tras unos segundos en silencio.

—Soy extremeña, de Cáceres.

—Una ciudad preciosa.

—¿Has estado?

—Sí, dos veces —contesta David alegre, que recuerda momentos felices de su niñez—. No conozco a nadie de Extremadura en la residencia. Eres la primera.

Otra vez esa sonrisa. Pero en esta oportunidad, pese a que ha vuelto a experimentar ese cosquilleo, Silvia no

rehúye su mirada. Aguanta, sin bajarla ni esconderla. También ella sonríe e inician una animada conversación sobre aspectos relacionados con la comunidad autónoma a la que pertenece la chica. Luego, él le confiesa que es sevillano y empiezan a dialogar acerca de Andalucía y su capital. El desayuno de ambos se alarga y el comedor se va llenando de residentes. Entre ellos, Ainhoa y Óscar, que se sientan en la mesa de cuatro junto a Silvia y David. Este les presenta a la extremeña e, inmediatamente, la canaria y el vallisoletano desean saber más sobre su nueva compañera de pasillo.

—¿Qué estudias?

—Arquitectura —le responde la joven a Óscar.

—¡Yo también estudié Arquitectura en Valladolid antes de cambiarme a Psicología!

—¿En serio? ¿No te gustó?

—Prefiero lo que estudio ahora. ¿Te está resultando difícil?

—Bueno, fácil no es. Hay que tener paciencia y dedicarle muchas horas. Desde que llegué a la residencia casi no he podido salir de la habitación.

Silvia les explica la cantidad de prácticas que tiene que hacer y la de tiempo que se pasa delante de su atril, aunque elude revelarles en qué emplea el que se toma libre. De ese asunto prefiere no decir nada.

—¿Dónde vivías antes de venir a la residencia? —interviene ahora Ainhoa, que desayuna varias piezas de fruta cortadas en rodajas.

—En un piso compartido de la calle Guzmán el Bueno. Pero no guardo un buen recuerdo de la experiencia.

—¿No? ¿Y eso?

—No tuve precisamente a las dos mejores compañeras del mundo. Me hicieron la vida imposible. Menos

mal que quedó una habitación libre aquí y he podido huir de ellas. He tenido suerte.

La chica observa a sus acompañantes y se da cuenta de que quizá no se ha expresado adecuadamente. Si hay una habitación disponible es porque Nicole ya no está, como le ha contado antes David. Y las circunstancias por las que abandonó la Benjamin Franklin son suficientemente delicadas como para tener cuidado con lo que dice.

Por eso, trata rápidamente de rectificar.

—Lo siento. Sé lo de vuestra amiga y no quería que pareciera que...

—No te preocupes —la interrumpe el sevillano sin perder la sonrisa—. Como te he dicho, no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado.

—Ya, pero eso no significa que no me sienta rara.

—Nicole es Nicole y tú eres tú. No estás sustituyéndola, solo has ocupado una habitación que había quedado libre.

Las palabras de David animan a Silvia, que constata cómo la expresión de los otros dos chicos también se relaja. Eso la alivia. Lo que menos desea en estos momentos es ponerse en contra a sus nuevos compañeros, con los que convivirá los próximos tres meses.

—Te trataremos bien. No será como en el piso que compartías. Y para cualquier cosa que necesites puedes contar con nosotros.

La extremeña asiente y da las gracias a David. El joven del ave fénix en el cuello es un auténtico encanto. También los otros dos chicos le han caído bien. Por lo que parece, en aquel lugar todo es buen rollo y compañerismo. Espera que el resto del pasillo 1B sea igual de amable.

Terminan de desayunar por fin y en parejas suben hasta recepción. Silvia camina junto a David. Entonces, cae en algo que antes se le olvidó preguntar a su nuevo amigo.

—Si no he entendido mal, he conocido a Ainhoa y a Óscar y me has hablado de otros cuatro chicos. Sumándonos a ti y a mí dan ocho. Y el pasillo tiene nueve habitaciones. ¿No falta alguien?

El sevillano pone cara de póquer y continúa caminando en silencio. Es verdad, no ha nombrado al residente de la 1156. Lo ha hecho a propósito. Pero ¿qué puede y qué no puede contarle de él?